

La opinión alemana

Sentados, frente a frente, von Arnaung, mi amigo el alemán, y yo, hablamos. Entre ambos hay una mesilla de café, con tablero de mármol, que sostiene dos «bocks» de cerveza y unas cuartillas, aún en blanco, donde transcribiré, sin quitar punto ni coma, la conversación habida entre los dos, dada la relativa importancia del tema a que pienso derivar nuestra charla, que, más tarde verá luz pública en «Andalucía Oriental».

—¿Qué opinión tiene usted de España, respecto a su desarrollo y progreso en estos últimos tiempos?—le pregunto.—Desearía saber el parecer de los extranjeros sobre mi patria. Usted, como tal, sin apasionamientos, podrá darme mejor que nosotros, los españoles.

—Difícil será dar la respuesta exacta—me contesta;—sin embargo, procuraré responderle del mejor modo posible. Una parte del mundo—empieza—creo en una España de pandereta, donde los bandidos, los toreros las «majas» de altas peinetas, blondas mantillas y navaja en liga, representan los primeros papeles; en fin: en una España haragana e indolente, que ellos vieron retratados en esos «films» detestable, que son conocidos con la denominación, bastante propia, de «españoladas».

Otra parte sabe de una España grande y hospitalaria, de hijos tenaces y trabajadores que, con sus nombres, célebres por las ideas o por los inventos de aquellos que los llevan, logrando, al atraer la atención mundial sobre ellos, atravesarla, en consecuencia, sobre su patria... Últimamente, los de Pablo Iglesias y la Cierva, son una prueba de lo que le expreso.

Esta España la verdadera, según yo mismo he podido comprobar, al visitarla, es la generalmente conocida. Su misión, loab e, civilizadora en Marruecos, el éxito rotundo de las últimas operaciones, llevadas a cabo en Alhucemas, juntamente con otros «detalles» al parecer sin importancia, ha atraído, relativamente, la atención, sino del mundo, al menos de Europa, sobre su país.

De lo aquí expuesto, puede usted deducir la respuesta más exacta a la pregunta que me ha hecho. Sin embargo, aparte de lo que le he dicho—añade von Arnaung, después de una corta pausa—adolesce, como muchas otras naciones, y como todos podemos notar, observándola en su interior, de ciertos defectos, que, aunque muy generales en la sociedad, no son nada perdonables... Fíjese, sino, en las escasas escuelas y centros de enseñanza que su país posee. Pare su atención, por unos instantes, en esa turba haragosa de «golfillos», de hijos del arroyo, que por ahí pululan aún en las ciudades más populosas, vagando al azar, deambulando sin más objeto que el de molestar al transeúnte y cometer diabluras, comprensibles, es cierto, en su infantilidad, pero que tan mal dice de un país civilizado. Me objetará Vd. que la culpa la tienen los padres, que no los hacen ir a los colegios; pero ¿y los que no los tienen, los que apenas nacidos se encontraron solos en el mundo, sin más ley que su propia voluntad? ¿y los que, aún teniendo los, la indiferencia de sus progenitores ante la instrucción, los dejaron a su libre albedrío, por lo cual, cosa natural, eludieron el régimen escolar, un tanto rígido y anticuado, de que ustedes hacen uso?

Sé que en España la enseñanza es obligatoria, como ordena ciertas leyes y reales órdenes; pero no sólo es suficiente dictar éstas, sino también hacerlas cumplir, procurando, desde luego, que esas leyes, ni sean absurdas ni poco lógicas. Mas, a pesar de esos decretos, los niños, sobre todo los pertenecientes a la sufrida clase pobre, pisan, por casualidad, las aulas liberadoras, puesto que ser analfabeto, equivale a ser perenne esclavo de la ignorancia.

¿Cuál es la causa?... No sabrían responderle. Quizá la negligencia de ciertas autoridades... Pero, en fin, terminemos. Si, como me ha dicho, mi pobre opinión va a ser llevada juntamente con mis observaciones, a las columnas de su periódico, ya voy prolongando demasiado mi exposición, para que ésta tenga cabida en «Andalucía Oriental». Otro día, pues, continuaremos nuestra charla y, si usted comprende que puede interesar al público, haga lo que quiere hacer con ésta.

leidro NAVARRO.

TODAVIA HAY TIEMPO

A pasos agigantados camina la humanidad a los repugnantes vicios de los antiguos griegos y romanos. Hombres y mujeres se lanzan — unos inconscientemente, otros en plena posesión de sí mismos — en el remolino impetuoso de aquellos abominables vicios.

Los factores principales de la corrupción reinante son, de una parte, las modas y, de otra, unos cuantos novelistas poco escrupulosos que hacen narraciones sucias, despreciables, despertadoras de anhelos imbeciles hacia placeres eróticos, despreciables y más sucios aún.

Hoy, desgraciadamente, hay muchas mujeres «modernas». Viven una vida frívola, sin idealidad, con los sentimientos muertos. No piensan nada más que en pintarse el rostro, el cabello, las manos...; el escote, procuran dejarlo más abierto de los lados, porque a la vez que enseñan unos más o menos torneados y nacarinos hombros, dejan ver las «frititas» de la «mussolini» que es nota de buen gusto; la falda muy cortita para lucir las hermosas pantorrillas Mistin-guet.

Y, sin embargo, hay mujeres recatadas y bellas, sin necesidad de pinturas, que no las «vemos» porque toda nuestra atención está puesta en las hembras «dernier cri», despertando apetitos desordenados en unos hombres y una sensación de desprecio y asco en otros.

En los kioscos y bastantes librerías existen, a la vista del público, libros y revistas pornográficos con portadas demasiado llamativas. Y los libreros no tienen inconveniente en vender estos libros y revistas a los niños, ya que el dinero viene a llenar su caja.

Es lastimoso ver cómo estos niños se reúnen en grupos para leer esos libros y después encontrarlos en piscifumbos, donde, por unos céntimos, les dejan ver cosas indecibles.

Estos libros también los leen los hombres; y, por descuido, los abandonan en sus viviendas, yendo a parar, como es consiguiente, a las manos de su esposa o de sus hermanas y aún de los niños que hubieren en las casas.

A las mujeres, curiosas de por sí, cuando leen esas narraciones abominables, el diablillo de la curiosidad las hace pecar una vez: lo que las hace reír y a usted a saber! A los hombres es el agotamiento, ayudados por esas novelas, lo que hace que se degeneren; y cada día aumentan el número de estos hombres repugnantes: (en Almería puede comprobarse muy fácilmente).

«Los guavabos de hoy saben más que uno» — como acertadamente dice una de las acuarelas expuestas recientemente por el señor Díaz Spottorno — y ha de llegar el día en que el decaimiento sea más completo.

Las autoridades deben poner todo su celo en recoger esos libros que están causando tanto mal entre los hombres y mujeres y que tanto daño harán a las generaciones futuras.

Vicente GUERRERO.

Almería, 1926.

ENCUESTAS DE «ANDALUCIA ORIENTAL»

¿Qué haría Vd. si fuese Alcalde de Almería?

En esta sección tendrán cabida cuantas opiniones se nos remitan; debiendo advertir que esta acogida se dispensará a todas aquellas que, firmadas por sus respectivos autores, se ajusten estrictamente a nuestros deseos.

Para todos aquellos que sustenten la creencia de que es llegada la ocasión de herir susceptibilidades con insidias o manifestaciones tendenciosas, van nuestras advertencias; haciendo constar que rechazaremos cuantas se nos envíen en tal sentido.

Lo que debiera ser

Hoy predomina en el ambiente en que se desenvuelven nuestras energías, una actitud marcadamente escéptica.

¿Son estos los momentos propicios en los cuales pueda renovar la juventud las antiguas normas?

Es esta una interrogación algo complicada, tanto más, cuanto que ahora la juventud, no eleva su voz; ahora que duerme, desoyendo los llamamientos que el pueblo le hace. Ella se encuentra en un estado tal de insensibilidad, que es preciso desoír de ese letargo estóico, si hemos de honrar la hermosa palabra «juventud» que lleva en sí, la pujanza de un esfuerzo bienhechor.

Es un deber ineludible de la juventud, movilizar los grandes proyectos que hoy se adormecen en los archivos sin apenas acallar esas voces que incessantemente claman en las aldeas, pidiendo redención.

Ante tales clamores, la juventud actual no reacciona, ni las más sentidas necesidades se resuelven con la actuación decisiva del elemento joven, de ese elemento que hoy solo «foxtrofea» y populariza las modas que el exótico ultraismo extiende con censurable propagación.

La moderna juventud, en cuyo templo el hombre llega hasta afeminarse, no es aquella que se unía para colaborar en pró del progreso de los pueblos, sino otra aún, tan distinta, que llega en su indiferentismo hasta el extremo de odiar al agobiado, por creer que éste obstaculiza su desenvolvimiento exhibicionista en Círculos y Casinos... y en antros que consumen calladamente todas las energías de su organismo.

Hay que rendirse ante la evidencia y en honor a tan amarga verdad. El cuadro no puede ser más doloroso ante la falta de decisión en una juventud que tanto podría hacer.

Sin embargo, existe un sector dentro de ella, donde la animosidad es bandera que tremola en el corazón, y el afán de una lucha, es la pesadilla que atormenta al cerebro cuando se forjan idealidades sanas en el crisol de realidades también sanas.

Seremos los que hagan volver aquellos días en que la juventud, en plena floración de su ánimo, era partícipe del éxito en las grandes empresas de redención social.

Intervendremos en las luchas, si éstas llevan la consigna de dilucidar el progreso de entre otras secundarias cuestiones que para nada deben surgir ante la obra de la civilización; y aplicaremos nuestras energías a las de cuantos quieren secundarnos para cimentar el futuro; para desvanecer la duda en si existe o no juventud; para ser... lo que debemos ser.

Rogelio TELLEZ.

Almería, 1926.

QUIMERA

La noche es clara y limpia, brilla el cielo cual un manto real de pedería...
Mirando a las estrellas se extasia mi espíritu inmortal con loco anhelo!

Ingrávido, ascendiera en vaulo cielo y en un trono de luz me sentaría.
¿Qué dichoso y feliz allí sería sin las crueles intrigas de este suelo!

¡Oh! pienso que los astros titilantes son dichas pupilas fulgurantes atentas a mi afán, a mi desán...

Y llevo a sospechar en mi delirio que cierta estrella blanca como un lirio me llama con su mulo parpadeo.

G. Baena Alférez,

Dalías.

A vuela pluma...

Como la polilla que lentamente carcome la madera de los muebles hasta hacerlos quebrar; como grietas que invaden un edificio hasta llegar a destruirlo, así el egoísmo, larva venenosa del gusano del vicio, corroe la sociedad moderna, y... ¡quién sabe si logrará destrozarla por entero! Las costumbres de las mujeres de hoy no son las mismas de hace cincuenta años, y también los hombres cambiaron, como las diferentes estaciones hacen cambiar el máz de las plantas; como el frío o el calor dan vida o matan el germen que las alimenta.

La sinceridad va pasando de moda.

La hipocresía reina entre los hombres.

El egoísmo se va divinizando.

Es un egoísmo duro, violento, sin tapujos ni encubiertas; egoísmo sin límites ni barreras, que no reconoce el poder de nadie ni de nada, y que todo lo arroja hasta que logra adueñarse de todo.

Ruín y falso, engaña a los hombres y los convence de tal manera, que hoy los ideales no existen. Preguntad a muchos y os convencereis al ver que os contestan «¿Mi ideal? ¡Yo no lo tengo! Si acaso, vivir siempre como pueda, haciendo o sin hacer nada; como sea me es igual. El caso es vivir mi vida.»

Todos oíen y piensan... igual. Todos piensan en que hay que vivir, ¿cómo? Eso es lo que ellos, los egoístas, se callan.

Vivirán su vida, sí, pero ¿a qué precio?

A costa de las vidas de los demás. Esa es la realidad y eso es lo cierto.

Porque los egoístas son parásitos que viven sobre la Humanidad, alimentándose de los medios de ella, y mirando su vida hasta llegar a destruirla...

Fernando Grisoli.

CARTA ABIERTA

Para el simpático PACO VELARDE.

Perdona, vate amigo, mi tarda y premiosa correspondencia a tu amable sollicitación, portadora de la buena nueva de vuestro proyecto periodístico fausta noticia que oreó, con frescura de oasis, mi calenturiento magín y puso alburas de aurora en las tenebrosidades de este mi asiduo batallar con la rampolona e ingrata prosa oficinesca.

Pretendes que como una abeja más de esa flamante colmena literaria que, con tan laudable acuerdo, habéis formado, libre, en la exuberancia de sus pródigos cálices, el rico néctar de estas mis raras florescillas, y os ayude a construir el sabroso panal de dorada y exquisita miel con que tratáis de endulzar los paladares almerienses. Y ¿quién se niega a tan cariñosa y halagüeña demanda?...

Cuenta, pues, caro amigo, con mi modesta cooperación a esa obra de progreso y de cultura que en buena hora emprendisteis; y no lloves a mal que me permita este consejo: procurad, con inflexible rigidez, que vuestras elucubraciones se inspiren, en todo caso, en estricto criterio de justicia, ya que el periódico debe ser paladín esforzado de toda noble causa, sin llegar jamás a convertirse en artero puñal que se esgrime, alevé, en las oscuras encrucijadas de la vida, sino, muy al contrario, mantenerse siempre ecuanime y avizor, férrea lanza de moderno Quijote, presta a romperse en mil pedazos en defensa de lo justo, de lo honrado, de lo noble. Y esa debe ser la divisa de vuestro escudo.

Hago fervientes votos por la prosperidad de esa naciente publicación, y a todos os estrecho en un abrazo fraternal.

Luis LOPEZ y LOPEZ.

Dalías 1926.

En el Hospicio

La Superiora del Hospital, Sor Gregoria de Ayala, nos ha recibido con esa amable dulzura y complacencia que se manifiestan en quienes hicieron de su corazón el refugio entrañable de la más sentida caridad.

Le hemos expuesto nuestros deseos de informarnos detalladamente del actual funcionamiento de aquella benéfica estancia, donde se ampara al indigente, al hijo del arroyo, a los que, huérfanos de maternales caricias, hallaron acogida amorosa, allí, donde el ambiente está saturado de amor y de bondad.

La Superiora nos ha escuchado con delicado gusto, y luego, con exquisitez infinita, nos ha contestado dulcemente:

—El estado actual, por lo que a la vida interna del Hospicio se refiere, no puede ser más satisfactorio... Los chicos están atendidos, y puede decirse, hasta donde circunstancialmente puede afirmarse, que las necesidades de ellos, en armonía con el régimen del establecimiento, quedan suficientemente cubiertas. Hoy, esta casa ha variado notablemente, a pesar del encarecimiento de la vida; las autoridades, y por ellas la Diputación, se desvelan por que no falte nada... Cuanto se les interesa, tanto o más se nos ofrece.

Nosotros nos extrañamos de la transformación sufrida en dicho benéfico organismo. Interrumpimos las optimistas palabras de la religiosa, de la benemérita mujer que sacrifica sus fuerzas y hasta su vida misma en aras del amor, como si su vida fuese el tributo a rendir a enfermos y a niños desvalidos, y le mostramos, suplicante, nuestros deseos de ver a los hospicianos.

Ella, con solícita diligencia, nos acompaña hacia el salón donde los chicos, en esta tarde gris y desapacible de invierno, distraen sus ocios en juegos denodados e inocentes. No pasan de unos ochenta los allí recluidos.

—Ni uno—dice—carece de traje decente, ni de calzado. Los alimentos son inmejorables; y en días de fiesta, como hoy, les servimos comida extraordinaria. Todos son muy buenos y nobles; ninguno, puedo asegurarle, abriga ideas corruptoras cuyo peligro pudiese contagiar a otros. Son unos verdaderos angelitos... y yo los quiero mucho... mucho.

—Los mayorcitos—continúa, como adivinando la interrogación que íbamos a hacerle—trabajan, pero no aquí, en esta casa, porque no hay talleres, sino en la calle, y luego, a las horas reglamentarias, regresan a comer. Los otros, pasan el día en el colegio, aprendiendo los primeros conocimientos útiles... En fin, que creo que esto ha mejorado bastante, y no puede haber queja.

Y en verdad, que nosotros, ante este cuadro de próspera perspectiva, nos sentimos satisfechos al encontrarnos con uno tan distinto al que, también, ocupó nuestra atención hace pocos años.

El Hospicio, y en él, su desenvolvimiento interno, ha variado con notable metamorfosis. Ya no es aquél, obscuro y miserable, de niños escudidos, descalzados y ateridos por el frío, alimentados con «sopas bobas», sin más consuelos a sus cuitas que los desvelos de estas monjitas que vieron en cierto tiempo, a esos desgraciados acogidos a su cariño, sin poderles infundir sus generosos alientos cuando por circunstancias lamentables era crítica la situación económica de las arcas provinciales. Y estas religiosas, sufrieron en aquellas incertidumbres interminables, ante el cuadro desolador de hospicianos hambrientos.

Ya es otro; aunque podía hacerse mucho más, merced al celo de unas autoridades que piensan, acaso ligeramente, en la desventura de una humanidad pobre, miserable... que sin más amparo y esperanza que el manto de la noble Caridad, se arrastra por los senderos de la vida.

MELCHOR BEMAR.

Almería, 1926.